



pués en Asunción— le interesó la historia. Era matea, hasta pensó en ser matemática. En Brasil y Paraguay estudió en 16 colegios por el continuo traslado de sus padres. Eso le abrió la cabeza a una extrema capacidad de adaptación, pero también al juicio crítico y a una madurez adelantada. Más tarde, estas características se convirtieron en el soporte intelectual de una obra que ha estado en el centro de treinta exposiciones individuales y sobre cincuenta muestras colectivas, desde Shanghai y París a La Habana y desde Madrid y Ottawa a Ciudad de México. Dice:

—El *shock* las tachas, la lectura de archivos ¿me cambió estéticamente? Yo creo que sí. Apenas empecé, me di cuenta que la pintura no me servía. Hice unos archivos a mano, pero me daba cuenta que no, que se ponían blancos, perdían la dureza de lo documental. La pintura está en el problema de la representación simbólica; es la invención de un autor. Esto no. Esto es algo concreto. Esa dureza me fue sacando de la pintura.

Y ella, que siempre se había considerado pintora porque la pintura era su lugar de infancia (“me leí toda la Historia del Arte desde los once años”), sufrió un remezón. En 2004 nació su hijo Vicente y, después de seis años inmersa en las desclasificaciones de la CIA, el acto de pintar se convirtió en una imposibilidad.

—¿A dónde saltó desde la pintura?

—A la instalación. En medio de la investigación de los desclasificados, yo estaba trabajando con la historia de la historia. Empecé a construir volúmenes de esas mujeres. (...) Y ahí la bidimensionalidad empezó a no servirme. Por eso, no es casual que hoy yo tenga socios arquitectos. Porque, aunque no tenga una formación para la tridimensionalidad, ellos sí: el espacio es todo para ellos, es su lenguaje.

La sociedad de Voluspa Jarpa con una oficina de arquitectos ha sido fructífera. Si ella es la de la idea plástica y conceptual, sus socios arquitectos la aterrizan en la materia y el espacio. Para esta artista contemporánea el espacio es esencial: por ahí circulan sus espectadores que van develando los recorresos y matices de su

obra, paso a paso. Ya son dos décadas inspirada, como creadora, en los archivos de la CIA: poco menos de la mitad de su vida. Deben ser —calcula— entre 70 y 80 obras en distintos materiales, formatos y volúmenes. Ella dice que alguna vez escuchó críticas: “La Voluspa está pegada”:

—Y si me preguntan, ¿hay alguna de estas obras que no haya servido para entender un proceso posterior? No. Porque son procesos de investigación. Todas confluyeron en la exposición del MALBA, que fue terminal.

No solo genera, como artista, respeto internacional. Dice que vende todo lo que expone. La representan las galerías Mor Charpentier en París y Patricia Ready en Santiago. No vende privadamente. Para ella es una cuestión de honor.

LA AUTONOMÍA

Después de once años en Brasil y Paraguay, Voluspa Jarpa volvió a Chile, a los 17, sola, en 1988. Su familia quedó atrás. El desarraigo le dio libertad: hasta hoy es su gran valor, la principal emoción.

—Si pudiera sintetizar lo que me dieron mis padres: me dieron libertad. Para mí, la libertad es una emoción. No es un concepto. El desarraigo me dio mucha capacidad de adaptación. Puedo estar en lugares muy distintos, muy disímiles y soy abierta. No necesito que las cosas se parezcan a lo que yo pienso. Supongo que eso también me dio una individualidad fuerte.

Habla de su vida con lucidez, se mira desde arriba.



1. Muy joven participó con su obra en la Bienal de La Habana en 1997. 2. Con su hijo Vicente y Rodrigo, su expareja. 3. Voluspa comereó pintando. Aquí, elabora un mural en Rancagua en 1994.